

# La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI.

DIRECTOR PROPIETARIO:  
**Ramón Blanco Rojo.**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:  
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.  
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:  
**Todos los suscritores.** NÚM. 490.

MURCIA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1899

*La Juventud Literaria*

SEPTIEMBRE

Ultimo mes de verano;  
Septiembre con sus racimos  
dorados á fuego lento  
por un sol ardiente y vivo,  
es el mes de transición  
entre el ardoroso estío  
con su luz, con sus colores,  
su vida y su regocijo,  
y el eteño, en el que empiezan  
á esbozarse entre los frios,  
las negruras del invierno,  
del tiempo helado y tristísimo,  
que aunque encierra en sí los gérmenes  
de la vida, es claro signo  
de muerte, de destrucción,  
de ruinas y exterminio  
que se notan por dequies  
con sentimiento infinito,  
ya en los árboles desnudos  
cuyos brazos retorcidos  
asemejan ademanes  
desesperados, durísimos,  
en los campos, negros, solos,  
sin los ondulantes trigos  
magnífica cabellera  
que se movía al soplo tímido  
de la brisa más suave,  
del más débil vientecillo;  
en el oscuro horizonte  
velado, denso, oscurísimo,  
sin un sol que lo ilumine,  
sin estrellas, sin los limpios  
rayos de la blanca luna,  
y en el elevado pico  
de la alta sierra que viste  
como rica piel de armiño,  
la túnica del invierno  
tejida de nieve y frío...

Septiembre es breve descanso;  
es un mes hermoso y tibio  
desde el que con honda pena  
recordamos el estío,  
con su exuberante vida,  
su alegría y su regocijo  
y desde el cual penetramos  
con la vista á un tiempo mismo  
la estación de las tristezas,  
de las lluvias y los frios;  
por eso el mes de Septiembre  
con sus dorados racimos,  
es el mes de transición  
entre el eteño y estío;  
entre la vida y la muerte,  
de la que el invierno es símbolo.

R.

## DESVENTURAS

Hombres de bien tan cabales  
como el tío Pedro no hay dos,  
pero como desgraciado ha sido  
eso sí que está de fién.

Al pié está de su barraca  
tomando un rayo de sol,  
porque el frío de su cuerpo  
le llega hasta el corazón.  
Está sentado y la vista al cap  
desparpama en derredor  
como buscando consuelo  
á su infortunio feroz.

Lo que le han hecho los hombres,  
eso no tiene perdón,  
que quitarle al hijo ha sido...  
ha sido un despejo atroz.

Hijo de un sexagenario,  
cuando á la quinta acudió,  
libre, aunque condicional,  
lo hizo la diputación;

y el pobre volvió á la Huerta  
y le dió gracias á Dios,  
y sus padres le abrazaron  
lentos de satisfacción.

Para Pedro y su mujer  
el hijo es todo su amor,  
que como es bueno y es único  
le tienen adoración.

Mas, ¡ay! la suerte maldita  
el gozo en duelo trocó,  
y al que la ley dejó libre  
en Madrid luego, ¡qué horror!  
pretextando varias causas  
de las que ni se enteró,  
lo declararon recluta  
sin pena ni compasión.

Por eso llora el tío Pedro  
y da rienda á su dolor,  
porque en su inmensa amargura  
en vano al cielo clamó.

Por eso abatido y triste  
con ansia mira en redor  
y se ve solo, muy solo,  
con su desesperación.

Mas como es bueno, la luz  
de su fé no se extinguió,  
y aunque su desgracia llora  
alza sus ojos á Dios.

Y por eso cuando el frío  
le hiela hasta el corazón,  
por no afigir á la vieja  
busca un rayico del sol,  
y allí, sacando una estampa  
de San José, que le dió  
al marcharse su zagal,  
decir suele á media voz:

III

«Paere del bastón florío,  
escucha á este labrador  
á quien las penas le roen  
el arma como un corcón.

Yo tengo en tí mucha fé  
y á tí leyanto mi voz  
pa decirte que me otorgues  
tus influgios y favor.

Ya sabes, paere del alma,  
que ha año y medio ú dos  
que entró en quintas mi zagal,  
el probe de Melitón,  
y se lo llevó la tropa  
por esos mundos de Dios.

Dende entonces mi vivienda  
está como un panteón,  
pos mi mujer, mala está  
por effeuto de un tumor  
que pone á la probetiquia  
pa pegar un reventón.

Yo tengo unas calenturas  
que me tien heche un dolor,  
con un color de pajuela  
y una robinera atroz.

Pos bien; como mi zagal  
és de mi casa el timón,  
porque, sea dicho en gñen hora,  
es güeno y trebajaer,  
y ese timón está juera  
porque arguen me lo robó,  
en mi casa ni hay salú  
ni media libra de arroz,  
ni más que miseria pura,  
dicho sea con perdón.

Cuando jué al servicio el probe  
tenia yo argún doblón,  
pero en ingñento amarillo  
y en quina se me jué tóo,  
y hoy estamos traspillaos  
de necesidad los dos.

Por eso, yo que te quiero  
y te tengo devoción,  
me premito la licencia  
de pidirte por favor  
que pongas tu valimiento  
con el rey, que guarde Dios,  
pa que le den el canuto  
á mi probe Melitón.

y sacaben ya las penas  
que la injusticia me hechó  
porque hay sabios como tormos  
que no tien ni religión,  
y se venga á su vivienda  
antes de que espire yo  
y la probe de su maero  
muera sin deulle «adíos».

JOSÉ FRUTOS BAEZA.



## NOCHE DE VIENTO

—Viento de la noche obcura  
que mis sentidos recrea,  
detén un instante el paso  
de tus ráfagas ligeras,  
ven y cuéntame las dichas  
que has visto sobre la tierra;  
que estoy muy triste esta noche,  
y tú debes de saberlas  
siendo, como eres, tú solo  
el que las trae y las lleva.

¡Nol... deje que huya muy lejos—  
á la soledad desierta,  
entre incultos peñascales  
y enmarañadas malezas,  
donde no turben mis ondas  
la gritería funesta  
de las pasiones humanas  
enconadas y revueltas,  
ni los ronquidos de muerte,  
ni las inmundas blasfemias;  
por cada eco de alegría  
traigo cien gritos de pena;  
que al cabo todos los goces  
paran en llanto y miseria,  
y más entristece un duelo  
que cien placeres alegres.  
Déjame que huya muy lejos  
á la soledad desierta,  
¡déjame... que si te hablase  
sabrías cosas horribas!

Vientecillo de la noche,  
no quiero que te detengas;  
muy triste me has encontrado,  
pero más triste me dejas.  
Levántate con imperio  
y sopla y ruja con fuerza;  
vuélvete á tus soledades;  
cruza calles y plazuelas;  
silva en los quebrados vidrios;  
gime en postigos y verjas,  
y en los altos campanarios  
haz rechinar las veletas  
girando en los viejos mástiles;  
pero al llegar á la iglesia  
donde mi Dios prisionero  
de antor por los hombres vela,  
flévale un suspiro mío  
para que endulce las penas  
de los que van á morir  
en esta noche tan negra.  
Y puesto que luego tienes  
que cruzar la carretera,  
la carretera que acaba  
en tu soledad desierta,  
entra en aquél campo-santo,  
párate en la tumba aquella  
un momento, y di á mi madre,  
que estoy muy solo en la tierra,  
que sin besar su retrato

